

que la caracteriza en su funcionamiento. El déficit de la referencia, no colmado por el exceso de sentido abre las vías de la "Ideologización"; es decir, permite el funcionamiento sistemático de los Modelos que ponen a jugar el "Plus" del sentido que ellos contribuyen a producir a favor del **simulacro** de la referencia (la producción de referentes ilusorios que colman el **vacío** que el orden de lo real implica).

Lo que está en falta es pues la realidad. Una realidad que inexplicada requiere de colmar el vértigo que su ausencia de sentido abre, con una producción excedente del mismo que "llena" imaginariamente aquél déficit fundamental (producto del desequilibrio entre sentido y referencia). Lo que falla es pues el principio de realidad: social, psicológico y cosmológico. Los modelos ideológicos llenan dicha ausencia fundamental instaurando instancias trascendentales que **dan** sentido y simulan la referencia. Se inaugura así un nuevo dominio que es el resultado de la conjunción del "Plus" de sentido y de su aplicación a referentes imaginarios (que pretenden colmar el vértigo que el **vacío** de lo real propicia). Un orden de finalidades y realizaciones supuestas que buscan llenar la falla del principio de realidad. No se trata de la realidad de Dios, del Yo o del Mundo, sólo su instauración como referentes **supuestos** define su eficacia ideológica.

Los modelos permiten una producción global del sentido y logran circunscribir "segmentos de sentido" que funcionan como una cobertura del **vacío** de lo real en todos los órdenes. Pretenden evitar el "horror al vacío", el hundimiento en el abismo del sin sentido que es lo que propiamente atterra. Ya lo anunciaba Nietzsche, para el hombre es preferible avismarse en la **nada** invistiéndola de sentido, a soportar la desesperación que la desmesura del sinsentido abre.

El vacío cosmológico, la deriva absoluta del mundo, sin finalidades y sin punto de llegada requiere ser expurgado. Allí están las religiones para colmarlo, a este proceso es al que hemos designado como el propio del Modelo Teológico. El vacío social ha de ser llenado también y allí están las instituciones sociales para lograrlo. El sinsentido de "lo social" es una posibilidad que se desecha por el desespero que se introduce. Por ello apelamos a aquel modelo que sistematiza nuestros anhelos de "sentido social". Individualmente nos afanamos, nos definimos como los suje-

tos de "la pre-ocupación". El tráfigo cotidiano detiene la fuga del sentido que la ausencia de un Yo unitario posibilita. La continuidad de los proyectos individuales nos distrae de la anonadante dispersión que somos, avocados al encuentro con la **suerte** individual, ya no tenemos una identidad que nos "fije" (que nos haga necesarios). Nuestros fines supuestos sólo quieren suplir la ausencia fundamental de un Yo continuo y unitario.

Cada uno de estos segmentos de sentido permite modalidades de su transgresión que no son más que condiciones de su eficacia reduplicada. Así el modelo teológico genera la forma de su transgresión bajo la figura del ateísmo, pero éste no es otra cosa que su culto por inversión: La idolatría del "sinsentido" teológico encubre un funcionamiento intensificado del modelo. Se pide de éste que no deje lugar al vacío, ningún resquicio de no-sentido. Es así la apoteosis de la idea de Dios.

La idea del Yo exige abismarse en el no-Yo (en lo indiferenciado), en apariencia transgresor, pero así sólo aseguramos el imperio incuestionado del Yo. La Idea de sociedad genera la pretensión del "sinsentido" social, pero dicha negación es igualmente afirmadora de las posibilidades de sistematicidad de "lo social". Son las exigencias absolutas y totalitarias del sentido las que pretenden llenar todo resquicio del orden de lo real: Ya cosmológico, psicológico o teológico.

- Nos aferramos a las "cumbres" del sentido que los modelos introducen en su funcionamiento, pues más allá de ellos sólo están las sombras y el vértigo del sinsentido (del caos), de la ausencia de fines "reales"; lo propio de dichos sistemas ideológicos es suscitar esa forma del vacío más allá de sí mismos. Sólo actuando en los marcos que los modelos definen deviene para los individuos una vida útil, regida por una realidad suficientemente afirmada (la definida por el modelo). Estos sistemas juegan pues, con la **imagen del vacío** que es su más allá angustiante.

Así abismarse en la **ausencia** de Dios, del Yo o del Mundo es inscribirse por negación en las condiciones mismas de la eficacia de los Modelos, como si éste fuese la única modalidad posible de su superación. Zaratustra no es tan solo un superador de "Dios" (del Modelo Teológico), es también y es lo fundamental, un superador de la nada (el sinsentido teológico). Más allá de Dios y de la nada hay todo un mundo desconocido.

la culpa y la depresión: el caso de proust

estanislao zuleta

Este trabajo corresponde a un capítulo del libro "El pensamiento psicoanalítico", de Estanislao Zuleta, cuyas Obras Completas comenzará a publicar próximamente la Editorial Percepción de Medellín. La revista agradece a los editores el haberle cedido este texto.

Vamos a hablar de la depresión como fenómeno individual y colectivo, desde el punto de vista psicoanalítico. Como fenómeno colectivo tal vez es de muy fácil observación; conocemos sociedades enteras que viven en la más profunda depresión, los Juto son un caso conocido, y los Sioux de Norteamérica, estudiados por Erik Erikson.

Nadie puede dejar de tener en cuenta, si estudia con agudeza un fenómeno social o político, la depresión. Eso no es nuevo. En uno de los más destacados estudios políticos de coyuntura que se hayan escrito jamás, si no el mejor, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", de Marx, en el cual se muestra la importancia que está adquiriendo de pronto el caudillismo, no se usa el término depresión, pero es inequívoca la observación de que "los pueblos en épocas de mal humor pusilánime dejan que los voceadores más chillones ahoguen su miedo interior".

No se trata de hacer psicologismo o no, esto es un elemento de la explicación de un fenómeno político, que le resulta necesario a cualquiera, independientemente de su doctrina particular.

En "El eje narcisista de las depresiones", de Rosolato, encontramos casi al comienzo la afirmación: "La madre, objeto central de las depresiones". Démosle la palabra a un sabio en el tema: Marcel Proust; deprimido él mismo hasta el punto de que un analista que hizo un notabilísimo estudio de "En busca del tiempo perdido" dice que esta obra es una ceremonia fúnebre. No tuvo que inventar mucho, pues el mismo Proust dice: "Estos libros son como comentarios, buscamos por todas partes en el recuerdo las tumbas queridas, a veces encontramos algunas cuyo nombre ya está borrado", hablando de imágenes y figuras que han tenido una gran influencia en la vida y que ya no se recuerdan sus nombres.

El trabajo de Proust es de un inmenso valor psicoanalítico; en los poetas —como decía Freud— es donde tenemos que estudiar psicoanálisis. El siguiente es el comienzo de la historia de "Sentimientos filiales de un matricida", un pequeño artículo de Proust:

"Cuando Monsiur Blarenberghe, el padre, murió hace algunos meses, me acordé que mi padre había conocido a su mujer bastante. Después de la muerte de mis padres yo soy, en un sentido que sería fuera de propósito precisar aquí, un poco menos yo mismo y un poco más el hijo de ellos; sin separarme de mis amigos me acerco de buena gana a los suyos y las cartas que escribo ahora son en su mayor parte las que yo creo que ellos habrían escrito, las que ellos no pueden escribir ya y escribo yo en su lugar, felicitaciones, condolencias, sobre todo a amigos que apenas conocí".

Este primer párrafo contiene ya un elemento importante en el sentido del duelo: la muerte de los padres, en este caso de una manera muy consciente, le ha hecho "un poco menos yo mismo y un poco más el hijo de ellos". Luego explica que ha empezado a hacer lo que piensa que ellos harían. En "Duelo y melancolía", de Freud, se encuentra que uno de los elementos del trabajo del duelo es la identificación con el objeto perdido.

Proust escribió al señor Blarenberghe con motivo de la muerte del padre de éste. El señor Blarenberghe se puso demasiado triste por la muerte de su padre, hasta el punto de que durante unos cuatro meses no pudo reiniciar sus actividades, incluso por consejo de los médicos. En su respuesta a Proust, una respuesta supremamente bella que indica una persona muy sensible, le explica que entre otras cosas a eso se debe la demora en contestarle. Veamos una parte de la respuesta:

"Por tardíamente que sea, quiero en todo caso decirle hoy que he sido extremadamente sensible al recuerdo que usted ha guardado de nuestras antiguas y excelentes relaciones y profundamente afectado por el sentimiento que le ha inspirado de hablar, así como a mi madre, en nombre de sus padres tan prematuramente desaparecidos. Yo no había tenido personalmente el honor de conocerlo sino muy poco, pero sé muy bien hasta qué punto mi padre apreciaba el suyo y cuánto placer tenía mi madre siempre que tenía la oportunidad de ver a la señora Proust. He encontrado muy delicado de su parte y muy sensible que haya sabido enviar de ellos esta especie de mensaje de ultratumba".

Después de unas consideraciones muy interesantes sobre el recuerdo, las imágenes, el ojo que se engeuece para el presente y para lo que nos

rodea y queda como perdido en el vacío, trata de captar y resulta una y otra imagen más o menos nítida, emblemática de lo que fue aquella persona. Recuerda, pues, la imagen del muchacho que le está escribiendo y cuenta cómo la carta que acaba de recibir tan sensible y tan bella modifica el sentido de la imagen un poco convencional que él tenía de ese muchacho y ve ahora la profundidad de los sentimientos filiales.

Algún tiempo después Proust escribe de nuevo a este joven que es director de una oficina de personal de los ferrocarriles, pidiéndole informes sobre una persona que trabaja allí para saber si se puede recomendar o no. El otro le responde con una carta que le llega un poco tarde por un cambio de sección y en la cual, después de darle la información, dice:

"Me siento muy afligido por las noticias que usted me ha dado del estado de su salud desde la muerte tan prematura de sus padres y si esto puede servirle de consuelo, quiero decirle que también yo estoy bastante mal física y moralmente y me ha sido muy difícil superar la conmoción que me ha causado la muerte de mi padre. Habrá que esperar siempre, no se qué me reserva el año 1907, pero deseemos que nos aporte a uno y a otro alguna mejoría y que en algunos meses pueda venir".

Esta carta llegó un poco retrasada y Proust se disponía a responder agradeciendo, pero en el momento en que iba a hacerlo llegó el periódico. Proust dice que se puso a leer "Le Fígaro" por ese vicio que tiene de masoquismo y de voluptuosidad de hacernos llegar todas las tragedias del mundo mientras nos tomamos el café con leche. En el periódico encuentra la noticia de que este muchacho acaba de asesinar a su mamá. Es a causa de esta noticia que Proust escribe "Sentimientos filiales de un matricida".

La crónica roja describe en detalle la historia: "¿Qué me has hecho, hijo mío? —gritaba por la escalera— y luego se vino hacia adelante y estaba toda apuñalada". El muchacho regresa a su casa, los vecinos gritaban. El muchacho entra en su cuarto, se dispara en el rostro, luego se acuchilla y así lo encuentran, con un ojo colgando sobre la almohada. Esto no lo digo por morbosidad, sino porque es interesante para el análisis que viene.

Lo que más interesa de todo este asunto es el

análisis de Proust y la manera como reacciona ante esto. Curiosamente el análisis lo hace a base de textos literarios, citando palabras del "Rey Lear", cita a "Ajax" vendado, en este caso vendado por la locura, masacrando a los suyos sin saber qué está haciendo. Pero lo que más le recuerda este ojo colgando sobre la almohada es a Edipo y ahí cita largamente a Sófocles: "Edipo al descubrir el horror de su crimen se sacó los ojos". Proust se refiere al parentesco de dos duelos: el duelo que él vive por la muerte de sus padres y el duelo del muchacho.

Proust refiere el caso de Edipo a una circunstancia precisa:

"Con horribles gritos se arroja contra la puerta, arranca los batientes, se lanza en la cámara donde Yocasta está ahorcada y viéndola así el desgraciado tiembla de terror, desata la cuerda. El cuerpo de su madre ya no estando retenido, cae a tierra, entonces él arranca los alfileres de oro del vestido de Yocasta y se arranca sus propios ojos..."

El problema que más interesa es la parte final del texto de Proust, donde repite las palabras que, según la crónica roja, decía la madre. "¿Qué has hecho de mí, qué has hecho de mí...?", y hace el siguiente comentario:

"Si nosotros quisiéramos pensar en él, hay tal vez alguna madre verdaderamente amante que no pudiera en sus últimos momentos, a menudo mucho antes, dirigir este reproche a su hijo: ¿Qué has hecho tú, hijo mío, de mí...? En el fondo nosotros envejecemos, nosotros matamos todo aquello que nos ama por las preocupaciones que le causamos, por la inquietud, por la ternura misma que le inspiramos y ponemos en duda continuamente. Si nosotros supiéramos ver en un cuerpo querido el lento trabajo de destrucción proseguido por la dolorosa ternura que lo anima, ver los ojos cómo se van volviendo mustios; los cabellos que durante largo tiempo fueron indomablemente negros van enseguida blanqueando, las arterias endureciéndose, el corazón se va viendo forzado, vencido el coraje ante la vida, el caminado se vuelve cada vez más lento y pesado; el espíritu que sabe que ya no hay nada más que esperar, cuando antes era incansable e invenciblemente lleno de esperanza. La felicidad misma, la alegría innata que parecía inmortal, que la hacía tan amable en compañía con nuestra tristeza se va apagando y se seca para siempre.

"Tal vez aquel que supiera ver esto, en este

momento tardío de lucidez que las vidas más embrujadas por el sueño pueden muy bien tener, ya que incluso la de don Quijote tuvo su momento de lucidez; tal vez aquel que viera cómo Henry cuando acabó a su madre a golpes de puñal, retrocedería ante el horror de su vida y tal vez se arrojaría sobre un fusil para morir enseguida".

"En la mayor parte de los hombres una visión tan dolorosa, suponiendo que estén a la altura de esta visión, que se eleven hasta ella, se borra rápidamente a los primeros rayos de la alegría de vivir. Pero, ¿qué alegría, qué razón de vivir, qué vida pueden resistir a esta visión?... ¿cuál es la verdad?, ¿quién tiene la razón?, ¿la visión del daño que hacemos a los seres queridos o la alegría de vivir?, ¿dónde está lo verdadero?".

Proust termina dando paso a la depresión: "en algunos hombres la alegría de vivir borra la visión del daño que hacemos a los seres queridos, del odio a los que amamos; en otros esa visión borra la alegría de vivir". He aquí una versión de la depresión, con todos sus elementos, por un maestro del tema: Marcel Proust. Este es un comentario a la frase del comienzo: que la madre resulta ser el objeto central de las depresiones.

En el texto citado se puede ver cómo Proust, en lugar de tomar la reacción que se consideraría corriente ante el caso, hace el movimiento contrario; es el vínculo de un problema que puede amenazar el valor de la vida, las razones para vivir. Ese problema es la culpa, descrita en este caso como el daño irreparable que hacemos a los seres que amamos, a los seres que nos aman, y mientras más nos hayan amado, más dura se nos hace. En la descripción, Proust adjudica todos los problemas de su madre al amor que tenía por él, lo cual no deja de ser exagerado, porque a las personas que no tienen hijos también les pasa esas cosas, como el mal de los riñones, del corazón, el encanecimiento, etc.

El tema de la culpa es un tema mayor. Lo que permite hacer una cierta tipología de las descripciones es el estudio de la culpa, así como la relación con la madre.

La tipología no es simplemente que depresiones psicóticas conducen a formas de delirio, muy conocidas, como culpa persecutoria o culpa delirante, en relación con las cuales Freud comentaba hasta qué punto se deja ver el narcisismo, es decir, la manía detrás de la autodevaluación. El

individuo se siente el ser más miserable que pisa sobre la tierra, siente que todos los males a su alrededor se deben de cierta manera a él, a lo dañino e indigno de su vida y de su conducta, a todo lo que ha hecho y dejado de hacer; pero para llegar hasta aquí se necesita tener demasiada omnipotencia. Hay un fondo de omnipotencia que es muy propio de la culpa, y mientras más terrible y más delirante se vuelve la culpa, más se va saliendo el fondo de omnipotencia.

La depresión neurótica se caracteriza porque la culpa ha logrado ser reprimida y no aparece sino el sentimiento de tristeza y la falta de valor de la vida; a veces el hombre puede adjudicar la culpa a una especie de dicha anterior inmerecida y que luego terminó:

"¿De dónde te viene esa tristeza extraña trepada como el mar, sobre la roca negra y desnuda? cuando el corazón nuestro hizo una vez su vendimia vivir es un mal, es un secreto de todos conocido".

(Baudelaire)

La culpa allí queda relativamente borrada; de todas maneras Baudelaire, cuya madre quedó viuda cuando era un niño, le hace la observación de que "cuando uno tiene un hijo como yo, no se vuelve a casar".

Con la culpa encontramos en psicoanálisis muchas dificultades, muchas tipologías, una economía muy complicada. La complejidad del problema se puede ver en el estudio de Freud "El delincuente con sentimiento de culpa", donde se muestra el caso del individuo que tiene un problema difí-

cil de vivir: una culpa inconsciente y la quiere convertir en una culpa consciente, es decir, hacer algo que resulte castigable y castigado y por eso no es tanto el esfuerzo para no dejarse coger.

Como puede verse al comienzo del texto de Rosolato, la expiación, la reparación y la reconciliación, son tres procesos que funcionan como tendencias, pero que pueden quedar aislados, vinculados a la culpa, sea consciente o inconsciente. Puede ser solamente la expiación la que se lleva hasta el fin, hasta el suicidio, por ejemplo. Puede ser el fracaso por expiación, sentirse tan culpable de odiar a un padre exitoso que sea necesario fracasar y fracasar. En fin, hay casos en los cuales la depresión es terriblemente devastadora de las posibilidades de las personas. Pero hay otros en los cuales es extraordinariamente fecunda y productiva, por ejemplo cuando rige el mecanismo de la reparación: hacer algo que repare el daño que se ha hecho, escribir "En busca del tiempo perdido", por ejemplo. Aquí rige la reparación, en busca de la reconciliación, de la reconciliación con el otro como condición de la reconciliación consigo mismo y la aceptación de la vida, es decir, superación de la depresión.

Es muy difícil, por lo tanto, calificar la depresión como una cosa mala o como una cosa buena, ya que hay una simbología y una combinación de posibilidades, como en todo. Esos mecanismos siempre los tenemos; la religión los maneja muy bien. La religión estudia profundamente nuestro inconsciente, porque procede de él. Esos tres elementos se pueden encontrar en el "Antiguo Testamento", y a veces también en el "Nuevo Testamento".

psicoanálisis y pedagogía: un punto de vista alternativo

federico garcía posada

Aclaremoslo desde un principio: poner a la infancia entre el psicoanálisis y la pedagogía, no es ofrecerle a la infancia otra mano que la guíe.

El pedagogo siempre tendrá que proponer alguna meta, qué importa si ella no existe, si hasta allá nadie ha llegado jamás, o si tampoco llegará. A lo sumo, éste no podrá proponer más término que su propio lugar aunque no sepa quién es ni quién lo habita, u otro lugar más remoto: el de sus deseos. ¿Cómo no decir que esta noche a este punto me trajo la mano de mi padre sin saberlo? En cambio, ¿a dónde lleva el psicoanálisis? a parte alguna a no ser que vuelva atrás y lleve a la infancia sobre sí misma.

Déjenme decirles que he comenzado apenas y ya termino, como si hubiera podido sobre mí algún pedagogo para decir desde el principio a

dónde vamos a ir con esta conferencia. Sólo que no es del todo justa la impresión que ha quedado. Empecemos de nuevo:

De pronto esa aclaración inicial no hace sino prolongar una confusión que ha hecho carrera porque permite sortear demasiado fácilmente un asunto que no es sólo de orden teórico, que no se puede resolver apelando a la conservación de los límites institucionales definidos entre las disciplinas o las actividades sociales, sino que es de orden práctico. Más aún, en el fondo siempre se ha preguntado es por el eventual aporte del psicoanálisis a la pedagogía y nunca al contrario, como si la condición del debate desde el principio, sea que ésta adopte un papel deficiente y buscara su suplemento. En eso se juegan, desde la difusa y torturada historia de la práctica pedagógica, pasando por sus producciones teóricas o políticas muchas veces entre cojas y famélicas, hasta el consuetudinario desprecio por los maestros. Pero esto no quiere decir, de ningún modo, que el planteamiento pueda invertirse y preguntar, por ejemplo, por algo así como "aplicaciones de la

* Conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia el 19 de febrero de 1985.

El autor es profesor en la Universidad de Antioquia y en la Facultad de Sociología de Unaula.

